

¿A dónde vamos?

REVISTA MENSUAL DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Órgano de los Centros "Jacinto Chacón" de Valparaíso y
"Eduardo de la Barra" de Santiago.

Esta Revista aparece del 1.º al 5 de cada mes

SUMARIO.—1. *Revista de Estudios Psíquicos*, por la Redacción.—
2. *El origen del mal*, por id.—3. *Tolstoy y la guerra*, por J. R.
Ballesteros.—4. *Mi Dios*, por Teófilo.—5. *Leslie Wood*, por Ana-
tole France.—6. *Conciencia*, por Natalia Urzúa de G.—7. *La Vir-
gen del Pilar dice...*, por Alfredo Calderon.—8. *De todas partes*,
por la Redacción.

Revista de Estudios Psíquicos

Por acuerdo de los Directores de esta publicación y á pedido de varios de nuestros hermanos, á quienes debemos deferencia y afecto, hemos resuelto cambiar el nombre de **¿A dónde vamos?** por el de **Revista de Estudios Psíquicos**, con el cual aparecerá desde el día primero de Marzo próximo, en que principia el **tercér año** de este nuestro querido periódico.

Como se vé, no hay en esto sino un simple cambio de nombres, de un título por otro, sin que ello afecte en nada á la marcha de la redacción, ni á las ideas sustentadas hasta hoy, ni al servicio de nuestros abonados y lectores.

LA REDACCIÓN.

El origen del mal

Ya es un hecho perfectamente averiguado y pasado en autoridad de cosa juzgada, el gravísimo delito perpetrado por los Hermanos de las Escuelas Cristianas en el colejo de San Jacinto de Santiago.

Muchos niños, todos de tierna edad, han sido víctimas de la concupiscencia verdaderamente feroz de dichos Hermanos; y no ha sido uno solo, sino tres ó cuatro de estos institutores, los que se han hecho reos de tan nefandos delitos, cometidos repetidas veces y aún en presencia de los demás alumnos del establecimiento. Todo esto, y mucho más, ha sido comprobado y establecido por la justicia ordinaria en el sumario levantado al efecto.

Y si alguna duda pudiera haber sobre la efectividad de estos hechos, ahí está, para hacerla desaparecer por completo, la carta de los superiores de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, leída en la sesión del 20 de Enero, en el Senado, en que renuncian á los auxilios pecuniarios que, á favor de las escuelas de dicha congregación, habian sido consultados en el presupuesto de gastos de la República.

Renunciando á esos subsidios, han querido sin duda dichos señores hacerse perdonar el gravísimo delito de que se han hecho reos, ó al menos atenuarlos en lo posible, dando así alguna satisfacción á la vindicta pública justamente indignada.

El Senador que leyó la carta hizo, sin embargo, la apología de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, dando á entender que talvez no fueran culpables del delito de que se les ha acusado, á pesar de las pruebas legales y de toda especie que comprueban su existencia, y de la notoriedad pública de tan escandalosos sucesos.

He aquí sus propias palabras:

«La desgracia ha caído sobre estos Hermanos, los ha herido profundamente, y ellos, como todos nosotros, desean que la justicia caiga con todo su rigor sobre los culpables. Por nuestra parte, deseamos que una vez comprobados los delitos y pronunciado el fallo condenatorio, no haya conmiseración para los culpables; ni en los Jueces, ni en el Consejo de Estado, ni en la sociedad».

No pensábamos que tanta ira pudiera caber en pechos celestiales.....

Sin embargo, no hay que asustarse demasiado, porque no correrá la sangre hasta el río, ni mucho menos. Esos culpables, para los cuales el fogoso orador de la Cámara pedía que no se tuviera lástima ni conmiseración, no sufrirán castigo alguno. Todos ellos se han fugado del país, bajo la égida y protección de sus propios secuaces. ¡Más vale así! Nos alegramos, en verdad, de que tal cosa haya sucedido.

No es la pena, ni el sufrimiento de esta ó de aquella persona, la que, á nuestro juicio, debe buscarse, sino el remedio del mal que se deplora. ¿Qué saca la sociedad con que se castigue á dos ó tres desgraciados, por un delito que realmente repugna, si se deja en pié la causa que lo produce?

Y esa causa—lo sabemos todos muy bien—no es otra que el *celibato eclesiástico*.

Mientras se imponga á personas prodigamente dotadas por la naturaleza de sus dones potenciales, la obligación de vivir célibes, mediante el voto de castidad que raras veces se cumple, tendremos que ver los mismos escándalos y que presenciar las mismas bochornosas escenas que acaban de ocurrir en los colegios congregacionistas.

Las leyes naturales son ineludibles, y á ellas están sometidos todos los seres del universo. Ir contra estas leyes,

es sencillamente sembrar los malos gérmenes, que tarde ó temprano han de dar amargos frutos.

No nos encarnicemos, pues, contra aquellos á quienes la fragilidad humana ha hecho caer, víctimas de las exigencias de la carne—los cuales son más dignos de lástima que de castigo—sino contra aquellas instituciones absurdas, como el celibato eclesiástico, que, contrariando las eternas leyes de la naturaleza, pretenden que los hombres de carne y hueso vivan como los ángeles ó espíritus incorpóreos.

Seamos ante todo justos, que la justicia es uno de los más bellos atributos de la Divinidad. Y siendo justos, reconozcamos de buen grado que la causa del mal está donde lo hemos señalado.

Nada conseguiremos con el castigo de unos pocos delinquentes—que estarán sin duda avergonzados de sus falta, en estos momentos—si dejamos en pié la causa de su delincuencia.

Quitemos, pues, esta causa; protestemos de este celibato de los eclesiásticos, que tantos males produce en nuestra sociedad, perturbando muchas veces la paz de las familias ó introduciendo en ella los gérmenes de profundas desconfianzas.

El sacerdote casado—como lo ha sido ántes—moraliza mucho más y mantiene mejor el orden social.

Ved lo que pasa entre los protestantes; jamás se les ha tildado por este capítulo. Sus sacerdotes son todos casados y nunca dan que hablar. Sus colegios han estado siempre exentos de semejante reproche.

Si el matrimonio es uno de los sacramentos más santos ¿por qué privais de este sacramento á los sacerdotes católicos?

«El matrimonio—dice Allán Kardec—esto es, la unión permanente de dos seres, no sólo no es contrario á la ley

natural, sino que es un progreso en la marcha de la humanidad.»

Y agrega, en seguida: «¿Qué efecto produciría en la sociedad humana la abolición del matrimonio?—El regreso á la vida de los brutos.»

En nombre, pues, de las leyes naturales, que son á la vez divinas, en nombre de la conveniencia pública y en nombre de la moral cristiana, hacemos votos para que se abrogue para siempre jamás esta fatal institución del *celibato eclesiástico*.

LA REDACCIÓN.

Tolstoy y la Guerra

Este ruso, famoso escritor y filántropo, á quien todos admiran y á quien el emperador moscovita no se atrevería á tocar un solo cabello de la cabeza, á pesar del inmenso poder de que está revestido, es el enemigo más acérrimo de la guerra.

Abriga el profundo convencimiento de que la guerra es contraria á la conciencia humana, á los derechos del hombre y á las más elementales nociones de justicia.

Para él, la guerra es un crimen, el más nefando de todos los crímenes, porque va directamente contra el precepto divino, que resume toda la ley y los profetas:

«Amáos los unos á los otros.»

Este horror á la guerra trasciende en todas sus obras literarias y filosóficas.

Tolstoy fué en su juventud oficial del ejército ruso y se

encontró en la campaña de Crimea, y peleó, como los demás, en Sebastopol. En uno de sus libros pinta el cuadro aterrador de aquellos combates, de aquellas espantosas carnicerías de hombres y, con toda la indignación de su alma, protesta de aquellas abominaciones sangrientas. Hizo entonces el juramento de no volver á empuñar el fusil y de emplear, en lo sucesivo, todas las energías de su espíritu en *hacer la guerra á la guerra*.

Y lo ha cumplido fielmente.

Acaba de escribir un libro sobre la guerra ruso-japonesa, en que vibran todas las cuerdas sensibles de su organismo potente. Es un anatema flamígero contra esta persistente barbarie de la guerra, á través de los siglos.

«Yo no distingo de razas—dice—; yo estoi siempre por el *hombre*, bien sea ruso, bien sea japonés.»

Condena la guerra porque es guerra, porque es en sí un mal, porque no es admisible que el hombre mate al hombre, por ningún motivo, por ningún pretexto.

Llega hasta decir:

«Si de mí dependiese la guerra, yo abandonaría á los japoneses Petersburgo, Moscú, Iasnaia, Poliana, donde está mi hogar, todo lo que ellos exigieran...»

No se puede seguramente ir más léjos, ni fulminar con palabras más enérgicas esta locura humana.

Tolstoy niega rotundamente el derecho de hacer la guerra. El que hace la guerra comete un crimen, porque nadie está autorizado para arrebatar la vida de otro: es una doctrina á firme del gran filósofo moscovita, porque es la doctrina del Evangelio, sin escepciones, ni atenuaciones. Veamos como discurre:

«Si yo fuera emperador, ministro, periodista, soldado, yo me diría: ¿Tienes tú el derecho de ordenar la guerra, ó de seguirla, ó de aconsejarla, ó de impulsarla, ó de aceptarla y servirla?... Nó; ocurra lo que ocurra, bajo ningún

pretexto y por la causa que sea, tú no tienes ese derecho, pues no existe una guerra, una tan sola, que valga el sacrificio de una sola vida humana, ni el gasto de un solo *kopék*. Emperador, ministro, periodista, soldado, tú eres un hombre; nada más que un hombre. Tú has sido colocado sobre la tierra para un fin superior y para cumplir una misión que no llenarás por entero, ya que eres débil, pero hacia el cumplimiento de la cual debes marchar sin reposo. Tú faltas á esta misión y reniegas de tu destino si ordenas la violencia, si la provocas ó la preparas ó la excusas ó te prestas á su cumplimiento. No hay en la vida una ley superior á la repugnancia que inspira el asesinato.

«Y cuando yo me digo esto, aunque fuese emperador, ministro, periodista ó soldado; antes que aceptar la más pequeña parte de responsabilidad, por ínfima que esta fuese, en el hecho de la guerra, yo me rebelaría, guardando con la conciencia de mi deber la voluntad para cumplirlo.»

Tolstoy considera la vida humana como un bien inalienable, y el respeto que debe guardársela como el más primordial de todos los deberes. «Pero ¡ay!—dice—¿quién piensa ahora en el deber? ¿quién piensa ahora en la razón? Hay una cosa más triste aún, si esto es posible, que el espectáculo de la guerra: y es el espectáculo de la bancarrota de la razón humana!»

Y refiriéndose á la guerra ruso-japonesa y á la razón que haya podido asistir á uno ú otro país, para emprender las hostilidades, dice:

«Estoy pronto á reconocer que si la Rusia, sin derecho alguno ha ocupado la Manchuria, sin derecho alguno también pretende intervenir en ella el Japón, y reconozco igualmente que el Mikado no tiene ninguna razón aceptable para mezclarse en un asunto que sólo interesa á Rusia y á China... Pero existe la Corea, y es por la Corea

por la que los japoneses han emprendido la lucha. Si los rusos no hubieran mostrado el deseo de introducirse en este país, si no existieran por debajo de los actuales sucesos (según mis informaciones) ciertas historias de adquisiciones agrícolas, sostenidas por la corte rusa, es muy probable que el Japón no hubiese osado empezar. Y si todo lo que ha precedido al período activo de las hostilidades fuese conocido en detalle, se vería, sin dūda alguna, que hay lugar para hacer un reparto más equitativo de responsabilidades, no tocándole la menor parte á la Rusia.»

Este criterio de Tolstoy para juzgar de la guerra ruso-japonesa, le ha concitado la anidmarversión de la corte de Rusia y de la autoridad eclesiástica, representada por el *Santo Sínodo*, que ya lo habia condenado como heterodojo y rebelde á la religión del Estado y que ahora lo condena nuevamente como anti-patriota y traidor á su país.

Los obispos de la iglesia moscovita entienden los principios morales y religiosos de su credo, de la misma manera que aquel papa histórico de la iglesia romana entendia el Amor á Dios: *a cañonazo limpio.....*

Y, refiriéndose á este último, dice el autor de la obra que analizamos:

«Recientemente ha publicado el Papa una encíclica sobre el Socialismo.

«En este documento el jefe de la Iglesia, despñes de una pretendida refutación de la doctrina socialista sobre la ilegitimidad de la propiedad, dice expresamente que *nadie tiene la obligación de socorrer al prójimo si no posee más que lo necesario para sí ó su familia, ó, si para hacerlo ha de disminuir en algo aquello que exigen las conveniencias mundanas. Nadie, en efecto, debe vivir prescindiendo de tales conveniencias.* (Esto está tomado de santo Tomás: NULLUS ENIM INCONVENIENTER DEBET VIVERE). *Pero despñes de haber satisfecho las necesidades y las convenien-*

cias exteriores — dice al fin la encíclica — *deber de todos es dar lo supérfluo á los pobres.*

«Así predica el jefe de la Iglesia más extendida hoy día Así predicaban los Padres de la Iglesia que creían insuficientes las buenas obras para la salvación.

«Junto á la predicación de esta doctrina egoísta, que prescribe dar al prójimo aquello que no le es á uno necesario, se predica el amor á ese mismo prójimo, y siempre se cita con énfasis las célebres palabras de San Pablo en el capítulo trece de su primera Epístola á los corintios. ¡Qué farsa!»

Tolstoy aconseja, pues, abiertamente la resistencia á la guerra; esta resistencia no es más que el principio consagrado en el Evangelio y establecido por el Decálogo: «no matarás.»

Cree que si el miedo al castigo es lo que impide resistirse á empuñar las armas, ese temor no es mas que el resultado de la mentira en que el gobierno mantiene al pueblo: un puro efecto de sugestión. El gobierno teme más que á nadie á los que se niegan al servicio militar, porque cada negativa destruye el efecto de ese embuste, y en cambio, los que resisten no tienen nada que temer: negándose á tomar las armas se corre menos peligro que empuñándolas. La prisión ó el destierro á los refractarios del servicio militar es una pena menor que la muerte casi inevitable en la guerra. En Sebastopol, fué enviado un regimiento á apoderarse de un bastión en que otros dos regimientos acababan de perecer. Este tercer regimiento fué asimismo exterminado íntegramente.

Además, si la gran mayoría se negara á alistarse, todos podrían contar con la impunidad: el gobierno no tendría de quien echar mano para castigar á los que se resistiesen á su mentira. La sumisión al servicio militar es, pues, una

especie de hipnotismo: el salto en el agua absolutamente inútil y peligroso de los carneros de Panurgo.

Estas doctrinas de Tolstoy, en pugna abierta con los principios, hasta hoy dominantes, respecto de la necesidad y de la licitud de la guerra, han hecho sin embargo escuela, no sólo en Rusia, sino en muchas otras partes. Son numerosos los casos que se han presentado de formal resistencia á empuñar las armas y de marchar al teatro de guerra.

El *Zeitung* de Berlin, del 12 de Enero último, anuncia que «3,000 reservistas rusos que iban en camino para el Estremo Oriente se sublevaron y saquearon parte la ciudad de Smorsk. El motin tomó tales proporciones, que el gobernador de la ciudad se vió obligado a pedir auxilio á la guarnición de la localidad, la que hizo fuego sobre los amotinados, matando doscientos de ellos e hiriendo varios cientos mas.

«El coronel que tenia el mando de los reservistas, y cinco oficiales de menor graduación, se suicidaron de vergüenza por lo sucedido.»

J. R. BALLESTEROS.

(Continuará)

Mi Dios

(De *La Revelación*)

Creo en Dios.

Pero el Dios en quien yo creo no es ninguno de esos dioses pequeños, inventados por las religiones positivas.

No es ninguno de esos dioses personales antropomorfos, especie de hombres agigantados, pero hombres al fin, y por tanto sujetos á las miserias, debilidades y pasiones inherentes á la naturaleza, en cuyo nombre se han constituido castas privilegiadas, clases sacerdotales, con pujos insanos y soberbios de santidad é infalibilidad y con tendencias absorbentes y dominadoras de los pueblos, á costa de los cuales han vivido y viven holgadamente; y entiéndase que, al hablar de clases sacerdotales, no nos referimos solamente á la católica, sino á todas las del mundo, pues todas adolecen de los mismos defectos.

Mi Dios no es el Jehová de Moises, que aconsejó á los hebreos que antes de marchar de Egipto robasen a sus moradores, en pago de la hospitalidad que les dieron durante muchos años, y les mandó que en su marcha peregrinante entrasen á sangre y fuego en tierras de filisteos, cananeos, anecoristas y demas pueblos vecinos; no es tampoco el Alah de Mahoma, que ordena a los islamitas la guerra sin cuartel y el exterminio de los perros cristianos; ni siquiera es el Dios del mal llamado Cristianismo, bajo cuya advocación se han cometido crueldades tan enormes como las Cruzadas, las sangrientas é interminables guerras entre el pontificado y los emperadores alemanes y la horrible degollina de la noche de San Bartolomé, y bajo cuyos auspicios se mantuvo ardiente y vivo el fuego de la Inquisición donde se quemaban seres humanos.

Mi Dios no es, no puede ser elemento de explotación de ninguna clase, porque siendo en esencia el amor, abomina de toda explotación del hombre por el hombre. No es el Dios que yo proclamo ninguno de esos dioses que inventan los pueblos cuando van á emprender sanguinaria y fraticida guerra, implorando su auxilio para que la matanza sea mayor, pues siendo como es amor infinito, á todos quiere por igual y en su virtud ha establecido leyes por las

cuales sale el sol todos los días, alumbrando á justos y pecadores, á creyentes é incrédulos, á deistas y ateos.

Mi Dios es tan grande, tan inmenso que, como dijo el gran apóstol San Pablo, *no cabe en los templos de piedra*. El templo digno de la grandeza de mi Dios es el Universo infinito, siendo otros tantos altares de dicho templo los soles i planetas, los innumerables mundos diseminados en el espacio, donde la vida se agita y desarrolla, donde hay seres inteligentes y sensibles que trabajan, aman y esperan. Este es el templo digno del Dios que yo adoro.

No gusta á mi Dios, como dijo el apóstol antes citado, *el servicio de la mano del hombre*, esto es: no gusta de esas fórmulas del culto, y me refiero á todos los cultos, que nada significan para el filósofo, y que no vienen á ser más que manifestaciones de vasallaje y adulación que tanto satisface y agrada á la vanidad de los poderosos; pero que es impropia de la serena majestad del Ser Supremo.

El lenguaje más elocente y adecuado á la grandeza de dicho Ser es, como dijo el pacientísimo Job, *el silencio*; y el culto verdadero, la práctica del amor, para cuyo culto no se necesitan hombres ni elases especiales y retribuidas, ya que el ministerio del amor es común á todos los hombres, á todos nos obliga por igual, pues nadie negará el carácter de universalidad del principio: *amáos los unos á los otros*.

Hasta ahora solo he dicho lo que es mi Dios, y si alguien me preguntare quién es mi Dios y cómo lo defino, le diré sencillamente que no sé quién es ni cómo definirle.

Precisamente en este empeño temerario de conocer el Dios verdadero, común á todas las religiones, estriba el origen del mal que éstas han causado á la humanidad.

No hay ninguna religión que no pretenda haber recibido por conducto de sus fundadores la palabra, el pensamiento y la voluntad de su respectivo Dios de un modo directo é inmediato.

¿Se puede sostener mayor absurdo?

Es éste tan evidente que sólo la ignorancia y la maldad han podido imaginarlo y sostenerlo. ¿Cómo va á caber el infinito contenido divino en el limitadísimo continente humano?... Menos absurdo sería sostener que el sol cabe dentro de una naranja ó que el agua del océano cabría en el hueco de la mano.

De la pretenciosa y absurda creencia en la revelación directa y completa de la voluntad y economía divinas ha nacido la errónea creencia de poseer la verdad completa, y por tanto intangible é invariable; de tal pretensión ha nacido la intransigencia, y de la intransigencia el odio mútuo entre las diversas religiones. Es por esto que la historia de la humanidad viene á ser una cadena apenas interrumpida de guerras, tan crueles y en tal abundancia, que si pudieran reunirse en un montón todos los cadáveres de las víctimas sacrificadas á ese Moloch religioso, se formaría una montaña cuya cúspide llegaría á la luna.

Dios es incognoscible, es demasiado grande para caber en la idea humana, más esto no empece para creer en su existencia. La razón no basta para saber *como Dios es*, pero es bastante para afirmar *que es*.

Así es que yo creo en Dios, como creo en la existencia del relojero que compuso mi reloj, á quien no conozco ni del cual tengo la menor referencia; creo en Dios como creo en la redondez de la tierra, á pesar de que yo no he visto dicha redondez, pues mi campo visual es tan estrecho que de este planeta sólo veo una parte infinitesimal; creo en Dios como creo en el movimiento de rotación y de translación de nuestro globo, cuyos movimientos tampoco he visto.

Veáse, pues, como hay verdades que pueden adquirirse sin que hayan entrado por los sentidos, y que si la vista física sirve para percibir los objetos materiales, la vista

espiritual (razón) sirve igualmente para adquirir las verdades de orden abstracto.

Repetiendo que el lenguaje humano es imperfecto para definir á Dios, y debiendo definirlo de algún modo, diré:

—Que mi Dios es la sabiduría, el poder y el amor absoluto, causa única de cuanto existe.

Y nada más puedo decir respecto de la esencia y propiedades del Creador.

TEÓFILO.

Leslie Wood

(EXTRACTO DE UNA NARRACIÓN DE ANATOLE FRANCE)

Habia concierto aquella noche en casa de la señora X.

Mientras bailaban y cantaban en el gran salón, nosotros nos entreteníamos en bromear alegremente en una salita contigua.

El señor B. nos dijo:

—¿Saben ustedes una cosa?... Wood está aquí.

Al escuchar tan estupenda noticia, exclamamos:

—¿Wood? ¿Leslie Wood?... ¡Imposible! Hace diez años no se le vé en París y nadie sabe de él.

—Dicen que ha fundado una república negra á orillas del Victoria—Nyanza.

—¡Bah! Eso es un cuento tártaro... Ya saben ustedes que Wood es prodigiosamente rico, y además un gran realizador de imposibles. Habita en Ceilán, dentro de un pa-

lacio de hadas y en medio de jardines encantados, donde las bayaderas danzan día y noche.

—¿Cómo pueden creer ustedes majaderías semejantes? Lo indiscutiblemente cierto es que Leslie Wood se fué, con una carabina y una Biblia, á evangelizar á los zulús.

El señor B. repuso, bajando la voz:

—Mírenle ustedes, ahí está.....

Y nos indicó á un hombre que se reclinaba en el quicio de la puerta, y el cual, dominando con su elevada talla los cráneos hacinados delante de él, parecía atento al espectáculo.

Su complexión atlética, su rostro colorado con bigotes blancos, sus ojos claros y su mirar tranquilo y sereno..... Si; era Leslie Wood.

Recordando las admirables crónicas que por espacio de diez años envió al *World* (importante diario londinense), dije á B.

—Ese hombre es el primer periodista de nuestros tiempos.

—No conocen ustedes á Wood, dijo el señor M. Yo sí que le conozco. Era ante todo y sobre todo un gran economista.

—Pues, ninguno le conoce como yo, agregó la señora C.—Wood no ha sido jamás otra cosa que un místico y un enamorado

Siguió en este terreno la conversación, hasta que, terminada la fiesta, vimos á Wood abandonar el salón y dirigirse hacia nosotros.

Nos estrechó la mano con plácida cordialidad.

—Sabe usted, le dijeron, lo que acaba de decir la señora C.? Qué usted sólo es un místico. ¿Es verdad, querido amigo?

—Según lo que se entienda por místico.

—La palabra no necesita explicación. Místico es el que se ocupa en los asuntos del otro mundo, y usted conoce

demasiado bien los negocios de éste para cuidarse de los del otro.

Wood arrugó ligeramente el ceño y repuso:

—Se engaña usted. Los negocios del otro mundo son más importantes, mucho más.....

Un momento después, la señora C., que se había dirigido al *buffet* en compañía de Wood, hablaba con entusiasmo casi salvaje del conde Tolstoy, de quien era amiga. Representaba al insigne escritor como hombre de sencillísimas costumbres, revestido con el traje y el alma de un *mujik*, y fabricando, con aquellas manos que tantas obras maestras han compuesto, zapatos para los pobres.

Con gran sorpresa mía, Wood aprobaba un género de vida tan contrario al sentido común.

—Sí, tiene razón Tolstoy..., decía con voz algo ronca pero de dulzura singular. Toda la filosofía se puede compendiar en estas palabras: «Hágase la voluntad del Señor». Ha comprendido que todos los males de la humanidad provienen de tener una voluntad distinta de la voluntad divina. Pero mucho me temo que eche á perder tan hermosas doctrinas con caprichos y extravagancias.

—Las ideas del conde son extravagantes en un solo punto: en prolongar hasta la edad más avanzada los derechos y los deberes de los cónyuges, y en imponer á los santos y santas del porvenir la vejez fecunda de los patriarcas.

—También eso es muy excelente y santo. El amor físico y natural conviene á todas las criaturas de Dios. El ascetismo no es sino orgullo y rebeldía. Recordemos que la Biblia hace del amor el pan de los viejos.

Y de repente, iluminado, arrobado, transfigurado, en éxtasis, llamando con los ojos, con las manos y con el alma entera á algún ser invisible, murmuró:

—¡Ana! ¡Mi queridísima Ana!... ¿No es cierto que el

señor quiere que sus santos y santas se amen con la humildad de los animales del campo?

Después cayó abatido en una butaca. La señora C, sin aturdirse, le enjugó la frente y le hizo beber un vaso de agua.

Yo estaba asombrado. No podía reconocer en aquel iluminado al hombre que mil veces, en su gabinete atestado de *Blue Books* (libro azul), habíame hablado con extraordinaria lucidez de los asuntos de Oriente, del tratado de Francfort y de las crisis económicas de nuestros mercados. Y como yo dejase ver á la señora C. mi inquietud, ella me contestó, encogiéndose de hombros:

—Es usted muy francés, caballero. Ustedes juzgan locos á cuantos no piensan exactamente como ustedes... Tranquilícese usted, nuestro amigo Wood está cuerdo y muy cuerdo.

A poco rato me dispuse á partir. En la antesala encontré á Wood poniéndose el abrigo. No parecía resentirse de su crisis. Me invitó á que lo acompañase y nos marchamos á pié.

—Querido amigo, me dijo en la calle, acaso hayan sorprendido á usted algunas palabras que he pronunciado esta noche, y talvez desee usted que se las explique.

—Usted me interesa vivamente, querido Wood.

—Voy á referirle en muy pocas palabras la historia de mis ideas. Cuando me conoció usted, hace quince años, era yo corresponsal del *World*. El periodismo es en Lóndres más lucrativo e importante que entre ustedes. Mi posición era muy buena; yo entiendo los negocios y los hice excelentes; en pocos años conquisté dos cosas envidiables: influencia y fortuna.

Jamás he obrado sin objeto, y lo que me preocupaba sobre todas las cosas era conseguir el objeto supremo: el de la vida. Profundos estudios teológicos emprendidos en mi juventud indicáronme que ese objeto está situado más

allá de la existencia terrenal. Pero tenía siempre dudas respecto á los medios prácticos de lograrlo. Eso me hacía padecer cruelmente; la incertidumbre es de todo punto insuportable para un hombre de mi carácter.

En tal estado de alma, prestaba atención muy seria á las investigaciones psíquicas de Mr. William Crookes, uno de los miembros más distinguidos de la Real Academia de Ciencias. Conocíale personalmente y reputábalo, con razón, por un sabio y un *gentleman*. Hacía, por aquel entonces, experimentos con una jóven dotada de facultades psíquicas verdaderamente singulares, y, como Saúl en otro tiempo, era favorecido por la presencia de un fantasma auténtico.

Una mujer encantadora, que había vivido anteriormente nuestra vida, y que vivía á la sazón la vida de ultratumba, prestábase á las observaciones del eminente espiritualista, sometiéndose á cuanto exigía de ella, dentro de los límites del decoro. Pensaba yo que tales investigaciones, supuesto que se encaminaban hacia el punto donde la existencia terrenal linda con las existencias ultraterrenas, me conducirían, siguiéndolas paso á paso, al descubrimiento de lo que es necesario conocer, ó sea, el verdadero objeto de la vida; pero no tardé en ver defraudadas mis esperanzas. Las investigaciones de mi respetable amigo, aunque dirigidas con precisión que nada dejaba que desear, no advenían á una conclusión teológica y moral suficientemente clara y definida.

Comuniqué mi decepción al reverendo Burthogge, con el cual me relacionaba asiduamente desde su regreso del Africa austral, que evangelizó con un espíritu religioso y práctico, realmente digno de la vieja Inglaterra.

El reverendo Burthogge es la persona cuya influencia ha sido siempre para mí más enérgica y decisiva.

Mi fracaso no le produjo la menor sorpresa; lo atribuyó á mi falta de método y, más que todo, á la lastimosa de-

bilidad moral de que yo había dado pruebas en aquella ocasión.

— Una investigación de orden científico, me contestó, no llevará jamás sino á un descubrimiento del mismo orden. ¿Cómo no ha comprendido usted esto?..... Ha sido usted extrañamente ligero y frívolo, Leslie Wood. El espíritu busca al espíritu, ha dicho San Pablo. Para descubrir las verdades espirituales, es preciso entrar en la vía espiritual.

Tales palabras causaron hondísima impresión en mi alma.

— Reverendo Padre, le interrogué, ¿y cómo entraré yo en la vía espiritual?

— Por la pobreza y la humildad. Venda usted sus bienes y entregue á los pobres el producto. Es usted conocido, ocúltese. Ore usted, haga obras de caridad. Fórmese usted un espíritu sencillo, un alma pura, y poseerá usted la verdad.

Resolví seguir al pié de la letra aquellas instrucciones, y, al efecto, dimití mi cargo de corresponsal del *World* en París y realicé toda mi fortuna, haciéndola ingresar en la caja de la *Sociedad evangélica*.

Burthogge, á quien obedecía yo como un niño, me envió al país de los Basutos, con la misión de combatir la trata de negros. En él viví, bajo la tienda de campaña, solo con ese generoso compañero de almohada que se llama el peligro, y viendo á Dios en medio de la fiebre y la sed.

Al cabo de cinco años, el reverendo Burthogge me llamó á Inglaterra. A bordo del buque, conocí á una joven encantadora. ¡Qué hermosa visión! ¡Qué aparición, mil veces más radiante que el fantasma que se aparecía á Mr. William Crookes!

Era una pobre huérfana, cuyo padre había sido coronel en el ejército de las Indias. No se distinguía por una particular belleza de facciones. Su color pálido, su rostro de-

macrado, denunciaban el sufrimiento; ¡pero sus ojos expresaban todo lo que se puede imaginar del cielo, y su carne parecía iluminada dulcemente por una llama interior! ¡Cuánto la amé! ¡Cómo penetré, al verla, el sentido oculto y misterioso de la creación entera! ¡Y cómo me reveló, con una mirada solamente, el secreto de la armonía de los mundos!.....

¡Oh simple, simplicísima iniciadora mía, mi adorada señora, dulcísima Ana Fraser!... En su alma transparente leí la simpatía que yo le inspiraba. Una noche serena, estando los dos solos en el puente del barco, en presencia de la asamblea seráfica de las estrellas que palpitaban en coro allá en el cielo, tomé su mano y exclamé:

—Ana Fraser, os amo. Estoy seguro de que sería feliz tomándoos por esposa; pero me he prohibido labrar mi destino, á fin de que Dios me lo señale por sí mismo. ¡Ojalá nuestra unión sea de su agrado! He puesto mi albedrío en manos del reverendo Burthogge. Cuando lleguemos á Inglaterra, iremos juntos á visitarle; ¿quereis, Ana Fraser? y, si él lo permite, nos casaremos.

Consintió en ello.

Llegados á Lóndres, fuimos juntos á casa del reverendo Burthogge, y le manifesté lo que para mí significaba el amor de la hermosa joven, y con qué divina luz penetraba en mi espíritu.

Burthogge la contempló benévolamente largo rato.

—Podeis casaros, nos dijo: el apóstol San Pablo ha dicho: Los esposos se santificarán uno á otro. Pero que vuestro enlace sea puramente espiritual y que la espada del angel permanezca entre ambos, en vuestro lecho.

Me casé con Ana, y observamos fielmente la ley que se nos había dictado. Cuatro años me deleité en aquella unión fraternal. Por la gracia de la sencillísima Ana Fraser, avancé en el conocimiento de Dios.

Ana estaba enferma. Un día me llamó el reverendo Burthogge.

—Leslie Wood, me dijo, os he impuesto una prueba saludable; pero sería incurrir en el error de los papistas creer que la unión de los seres, según la carne, no es del agrado de Dios. El bendijo dos veces, una en el Paraíso terrenal, y otra en el arca de Noé, las parejas de hombres y animales. Vivid desde hoy en adelante con Ana Fraser, vuestra esposa, como un marido con su mujer.

Cuando torné á mi casa, Ana, mi Ana idolatrada, estaba muerta.....

Confieso mi debilidad. Pronuncié con los labios, pero no con el corazón, estas palabras: «¡Dios mío! ¡Hágase tu voluntad!» Y pensando en lo que el reverendo Burthogge acababa de conceder á nuestro amor, sentí un dejo amargo en la boca y el corazón lleno de cenizas.

Con el alma desolada, me arrodillé al pié del lecho en que mi Ana reposaba bajo una cruz de rosas, muda, blanca, y con las pálidas violetas de la muerte en las mejillas.

Hombre de poca fe, después del adios postrero, quedé por espacio de una semana, abismado en una tristeza estéril, semejante á la desesperación. ¡Cuánto hubieran debido regocijarse, por el contrario, mi espíritu y mi carne!

A la octava noche, mientras yo lloraba, reclinando la frente sobre el lecho helado y vacío, experimenté la certeza súbita de que mi amada estaba al lado mío en mi alcoba.

No me engañaba, no. Al erguir la cabeza, ví á mi querida Ana, sonriente y luminosa, que me abría los brazos. Pero ¿cómo expresar lo demás? ¿Cómo decir lo que es indecible? Y ¿deben ser revelados tales misterios de pasión y amor?...

Cuando el reverendo Burthogge me había dicho: «Vivid con Ana como un marido con su mujer!», sabía él, en verdad, que el amor es más fuerte que la muerte.

Sabed, por último, amigo mío, que desde aquella hora de júbilo y de gracia, mi Ana vuelve todas las noches al lado mío, embalsamada con perfumes celestes.

Leslie Wood hablaba con una exaltación frenética.

Se detuvo ante la puerta de una modesta casa.

—Aquí es donde vivo, me dijo. ¿Veis en aquella ventana del segundo piso un resplandor?... Es que me está esperando ella...

Y se separó bruscamente.

Ocho días después, supe por los periódicos la muerte repentina de Leslie Wood, antiguo corresponsal del *World*.

Conciencia (a)

(AL SEÑOR P. CARVAJAL RÍOS)

Parece que nuestro sexo le merece á usted poca estimación, ya que tan inferior intelectualmente lo considera al suyo. Por fortuna, no todos los sabios son de su misma opinión. Así el doctor Buchner dice en su análisis del hombre:

«No debe olvidarse una cosa en que no se pára generalmente la atención, y es que para la determinación del valor intelectual de un cerebro, debe tomarse en cuenta no sólo su volúmen ó circunferencia material, sino también, y tanto más, su construcción interna y la perfección de cada una de sus partes; y por lo mismo, es bastante probable que el cerebro femenino, relativamente á la delicadeza...

(a) NOTA: La Redacción de esta Revista no se hace responsable de las ideas ú opiniones consignadas en este artículo, algunas de ellas sacadas del autor materialista de *Fuerza y Materia*, que, por nuestra parte, estamos muy distantes de aceptar.

deza y finura del cuerpo de la mujer, sobrepuje al masculino en la misma relación en que el hombre sobresale por su desarrollo corporal.»

Verdad que, generalmente, la mujer tiene poca firmeza de criterio para solucionar arduos problemas; pero fíjese usted en que con la educación que se le dá, en nuestro país sobre todo, se aniquilan las facultades de su cerebro, atrofiando su raciocinio.

Sin embargo, confiesa usted que el sentimentalismo es propio de nuestro sexo, lo que es conceder más desarrollo á nuestra sensibilidad. Si la mujer siente con más intensidad que el hombre ¿por qué no podría también llegar á ser más fuerte para raciocinar? «Los que sienten más vivamente serían, si quisieran, los más fuertes,» dice M. de Flenry.

La mujer tiene muy desarrollados sus nervios sensitivos; y es la sensibilidad, señor Carvajal, la que vigoriza todas las facultades humanas. Sólo la falta de trabajo mental hace que la mujer carezca de esa firmeza de raciocinio que «dá la paciencia para analizar detalles, y sintetizar y renir materiales para desarrollar un tema árido», y no su inferioridad cerebral respecto del hombre, como parece comprenderlo usted.

Dice usted que la «memoria sólo puede existir en un organismo estable y permanente, no sujeto á renovación». Creía yo, señor, que la memoria residía en el cerebro, órgano que como los demás, está en una constante renovación de moléculas, esto es, en una transformación continua; y agrega que nuestras imágenes cerebrales no pueden estamparse en las células del cerebro, porque la memoria sobrevive á la renovación de sus células, es decir, que los cuadros allí impresos permanecen estables, á pesar de la renovación, pero sin duda no se ha fijado usted en que la renovación; de las imágenes también es continua; en que muchos cuadros abandonados á la destrucción del tiempo,

se borran completamente después de cierta época; y en que otros nos cuesta gran trabajo hacerlos reaparecer, cuando tratamos de recordarlos; lo que prueba que la memoria de los hechos se pierde, cuando no estamos continuamente «retocando» nuestros cuadros cerebrales, á fin de conservarlos como el acopio de nuestros conocimientos, como nuestra conciencia, en fin.

Al recordar un acontecimiento, se opera en nuestro cerebro una verdadera restauración de las formas ó líneas ya impresas, y surgen de nuevo figuras casi borradas. Ya ve usted como el simil del salón tapizado de cuadros es exacto; lo que no quiere decir que no podamos también compararlo á una «oficina de teléfonos», si usted gusta. Será así una oficina tapizada de cuadros y en que están continuamente entrando y saliendo comunicaciones por medio de los hilos transmisores de nuestras fibras nerviosas. Eso sí que reduciremos la oficina central á los ovoides rojizos de las capas ópticas, que vienen á constituir los pivotes naturales, á cuyo alrededor gravitan todos los elementos del sistema nervioso; mientras que los cuadros que constituyen la conciencia pueden estar localizados en los diferentes puntos de los hemisferios cerebrales.

La memoria no es estable y varía no sólo con la especie, sino también con la edad. Es una facultad que necesita ejercitarse para robustecerse; pues si se la deja inactiva, se debilita y se pierde. El animal joven tiene más memoria que el viejo, porque hay mayor energía en las células de su cerebro, para imprimir las imágenes, y por lo tanto éstas son más duraderas.

«Está demostrado científicamente, sin lugar á duda alguna—dice usted—que el pensamiento es una vibración que irradia de adentro hacia la periferia, en ondas circulares.» Fíjese bien en su aseveración. Lo que está científicamente demostrado es la irradiación de la vibración, de adentro hacia afuera, en ondas circulares, como asimismo

la potencia é intensidad de dicha vibración; pero no que ésta sea el pensamiento. ¿Quién ha demostrado que no es producida por el trabajo activo de impresión de imágenes, ejecutado por el individuo interno en las células cerebrales? Según Moleschott «el pensamiento no es un fluido, como no lo son el calor y el sonido; es un movimiento, una transformación de la materia cerebral; la actividad del cerebro es una propiedad de éste, tan necesaria como la fuerza, siempre inherente á la materia, como su caracter esencial é inalienable. Tan imposible es que el cerebro en contacto no piense, como que el pensamiento esté ligado á otra materia que no sea el cerebro.»

i Agrega usted: «el pensamiento tiene todas las cualidades propias de una vibración, es decir, desarrolla calor, luz y color». A esto debo observarle que el individuo que habita la bóveda craneana, para operar la visión interna, esto es, para pensar, promueve allí muchas combinaciones químicas de fluidos cerebrales; y usted lo sabe, tan bien como yo, que toda combinación química produce calor, luz, electricidad, etc. ¿Qué de raro tiene entonces que el pensamiento desarrolle calor, luz y color?

Por lo que hace á que todo el que haya desarrollado su sensibilidad, hasta el extremo de impresionarse al contacto de esa vibración, puede leer el pensamiento ajeno, estamos de acuerdo. Siempre que la atmósfera espiritual de un individuo esté en contacto directo con la de otro, habrá comunicación de vibraciones cerebrales y de luz, y podrá operarse la visión por transmisión de fluidos. De ese modo podemos conocer muchos cuadros de ajeno cerebro; pero no me parece probable que pueda verse el acopio de imágenes de otro cerebro que no es el nuestro, si el que maneja aquella máquina se empeña en evitar la comunicación. Por esto dije que cada cerebro es una potencia invulnerable.

Para concluir, le diré que de ninguna manera lo que

dejo expuesto está en pugna con la ciencia experimental, ni con las ideas espiritualistas. De lo primero está dando usted la prueba, y de lo segundo dejo constancia yo, declarándome espiritualista y creyente en el *mas allá* de la vida; aunque para mí la vida ulterior del hombre nada tiene de sobrenatural, pues considero al espíritu humano como un ser perteneciente al estado radiante de la materia, y que debe ser incluido y clasificado en el cuarto reino de la naturaleza.

Ahora si usted cree inaceptables mis ideas, combátalas en buena lid; pero no diga—con pretensión masculina—que no debe darlas á luz una revista de estudios psíquicos. Son ideas sobre el alma humana, que usted y yo estamos estudiando. Usted expone las suyas y, con el mismo derecho, manifiesto yo las mías.

Lo saluda afectuosamente.

NATALIA URZÚA DE GONZALEZ.

La Virgen del Pilar dice...

«Sé que intentáis agasajarme. Sé que, en testimonio de vuestra filial ternura, os proponéis hacerme un regalo espléndido. Conozco la sinceridad de vuestra devoción. Aprecio en todo su valor el mérito que implica vuestra liberalidad. Mi corazón está henchido para vosotras de amor y gratitud.

Pero ¿por qué me quereis rica? De humilde familia nací; esposa fui de un carpintero; mi divino hijo vivió en la indigencia, no teniendo á veces, según su expresión, donde reclinar la cabeza. Entre los pobres, plugo al Señor elegir á la criatura á quien otorgó su gracia la mas grande, la

mas sublime de las mercedes. Si hubiese querido dar por madre á su hijo una patricia opulenta, una altiva y poderosa soberana ¿no la habría buscado entre la púrpura, en las moradas donde se albergan el poder y la fortuna, en los marmóreos palacios, en el alcázar de los Césares?

El cristianismo fué el triunfo del espíritu sobre la materia. Pretendió invertir las sociales gerarquías. Prefiere el dolor al placer, y el vencimiento á la victoria y la humildad á la arrogancia y la resignación á la lucha y la pobreza á la opulencia. En eso estriba su grandeza. Oid las enseñanzas de mi hijo. El declara inaccesible el cielo para los ricos ¡y queréis que sea rica yo, á quien soléis llamar la reina de los cielos! El ordena á los que quieran seguirle que abandonen sus bienes ¡y queréis que yo sea dueña de grandes riquezas! El recomienda á los suyos que no se hagan tesoros en la tierra ¡y queréis que yo tenga un tesoro!

Tales homenajes son propios de las deidades paganas. Bien parece la regia diadema sobre la frente altanera de la soberbia Juno. Deleite es para los ojos el chispear de los brillantes entre los blondos cabellos de la hermosa Citerrea, encarnación de la belleza de las formas y del amor de los sentidos. En el mundo gentil, hombres y mujeres, deificados por una adulación sacrílega, vieron sus imágenes representadas en estátuas de oro macizo. Era aquella la religión de la naturaleza, de la violencia, del triunfo, del éxito. Era aquel el culto del placer, del fausto, de la fuerza, de la fortuna. ¿Cómo no ha de ser otro el culto de la religión del dolor, de la resignación, de la humildad y de la mansedumbre?

Nada hay en mí que pueda sugerir la idea de las pompas y vanidades mundanas. Yo soy ante todo y sobre todo la madre dolorida, la madre inconsolable. En mí buscan refugio y amparo los tristes, los desdichados, los desvalidos. Vosotras mismas, mis hijas bien amadas ¿es en vuestras horas de transportes y venturas, ó en vuestros momentos

de tribulación cuando volvéis los ojos con preferencia hacia esta madre celeste que, por serlo de todos los dolores, lo es también de todas las misericordias? Mejor sienta á mi imágen el luto que las galas. Si el menesteroso, el hambriento, acuden á prosternarse ante mi altar ¿deberé deslumbrarlos con un lujo que sea agravio de su aflicción y sarcasmo de su miseria? ¿Es bien que la madre ostente joyas preciosas mientras los hijos mueren de hambre?

Un tiempo hubo en que era el cristianismo sentimiento profundo y vivo que, brotando del fondo del alma, cristalizaba en grandes obras de sobrehumana inspiración. Mirad de que suerte me representaban entonces los genios del arte cristiano. Me hallaréis en la tosca estátua románica ó en el transparente ventanal gótico, en forma de modesta doncella, ceñida al cuerpo la sencilla túnica. Me hallaréis en el portal mísero, madre todavía venturosa, entre emblemas de rústica pobreza. En la calle de la Amargura tenderé los brazos al hijo mártir, cargado con la cruz de redención. Al pié del fatal madero yaceré abismada en una congoja sin nombre. Me veréis llorando mi soledad. Veréis mi corazón traspasado por las siete espadas simbólicas. Hollando nubes, rodeada de ángeles, vestida con el cerúleo manto, suelto el cabello, cruzadas las manos sobre el pecho, vuelto los ojos á lo alto, en estática adoración, me retratará el pincel del gran artista sevillano, el más místico de los pintores. Cuando el arte italiano siente el contagio del paganismo redivivo, todavía buscará Rafael escenas de interior, momentos de doméstica intimidad, llenos de indefinible encanto, para reproducir mi imágen. Jamás el verdadero arte cristiano me representó grán señora, altiva soberana, cubierta de joyas y ostentando orgullosa los atributos de la majestad.

¿Queréis seguir mi consejo? ¿Queréis cumplir mi deseo? Vended esas alhajas y con su precio socorred al indigente, asistid al enfermo, recoged al huérfano, amparad á la viu-

da, dad pan al hambriento y ropas al desnudo. Remediad á los miserables, consolad á los afligidos. Enjugad el llanto de la madre, detened á la vírgen en la puerta de la mancebía. Disuadid del delito al hombre de bien, ocultad la blasfemia del desesperado. Derramad sobre todos los infortunios el bálsamo de la caridad.

Y hecho eso, venid á mí llenas las manos de flores y el alma de santa alegría. Aportadme como ofrenda el lirio del valle con su radiante vestidura, la blanca azucena, emblema de la pureza inmaculada, la humilde violeta que se esfuerza por pasar inadvertida ocultando tímida su aroma y su belleza. Brillen en sus cálices, á modo de rocío, las lágrimas de gratitud de los menesterosos, juntas con las que de vuestros ojos habrá arrancado la piedad. Y creed que ese presente será mas grato á mi corazón que el oro todo de Ofir y los diamantes de Golconda».

¿Que eso no lo ha dicho la Vírgen del Pilar? Puede ser. Pero yo para mí tengo que, si la Vírgen del Pilar hablara con su autoridad de madre y su franqueza de baturra, eso, punto más punto menos, vendría á ser lo que dijera.

ALFREDO CALDERÓN.

(De *La Publicidad*).

De todas partes

Dos años.— Con la presente entrega, que lleva el número 24, cumple nuestra Revista DOS AÑOS de existencia.

La REVISTA DE ESTUDIOS PSÍQUICOS, como se llamará en lo sucesivo, empieza el 1.º de Marzo próximo, con el número 25.

Lo hacemos así presente á nuestros suscritores anuales, para los efectos del precio del abono, que será sólo de DOS PESOS anticipados por año, para facilitar en lo posible la circulación de este periódico, el único de carácter espiritista que actualmente se publica en Chile.

PREVENIMOS á nuestros abonados, así como á las personas que deseen completar la colección de esta Revista, que pueden hacerlo dirigiéndose á la *Gran Papelería de los señores Molina*, Alameda frente al costado de la iglesia del Carmen, en donde encontrarán los números que les faltan.

Nota: Esta revista se envía á los suscriptores todos los meses con la mayor puntualidad; pero como los extravíos que sufre su remisión por el correo son frecuentes, les rogamos se sirvan reclamar en el almacén de los señores Molina, quienes tomarán nota de la reclamación y les entregarán los números que no hayan llegado á su poder. Harán con esto un servicio positivo á la Dirección, que ésta agradecerá debidamente.

Obras de Allán Kardec.—Han llegado á nuestra mesa de redacción: *El Libro de los Espíritus* y *El Libro de los Mediums*, de la elegante y cómoda edición hecha recientemente de las obras del Maestro, por la *Casa Editorial de Carbonell y Esteva* de Barcelona.

Agradecemos á estos señores su valioso obsequio, y les prometemos la reciprocidad respecto de las escasísimas obras espiritistas que se han publicado ó se publiquen en nuestro país.

Los dos tomos que se nos han enviado traen manuscrito en su primera página el siguiente lema: «Recuerdo de la casa Carbonell y Esteva.»

A nuestros canjes.—Les rogamos que tomen nota del cambio de nombre de nuestra Revista, como asimismo que, en adelante, se sirvan enviar sus impresos i cuanta comu-

nicación se refiera á nuestra *Revista de Estudios Psíquicos*, con la siguiente dirección: SEÑOR J. R. BALLESTEROS.—VALPARAISO (Chile).—*Plaza Sotomayor, 3.*

Revistas.—Acusamos recibo de dos nuevas é interesantes publicaciones espiritistas: *Revista Filozófica* de Rio Janeiro, y *El Mensajero Cristiano* de Mérida (Yucatán), á cuyos Directores damos las gracias por el envío, dejando establecido el cambio.

Hace muchos meses que no llegan á nuestro poder las siguientes revistas: *La Nueva Era* de México, *Revista de Estudios Psicológicos* de Veracruz, *Alma* de Guadalajara, *El Iris de Paz* de Santa Clara (Cuba), *Antorcha* de Margaré (Cuba), y *Le Monde Occulte* de París.

Lo ponemos en conocimiento de sus Editores para los fines del caso.

Anatole France.—Nuestro estado social—dice—es el efecto de los estados que lo han precedido, como es la causa de los que han de seguirlo. Se parece á los primeros como los segundos se parecerán á él. Y este encadenamiento afirma por largo tiempo la persistencia de un tipo igual; ese orden asegura la tranquilidad de la vida. Es cierto que esto no satisface á los espíritus amigos de novedades, ni á los corazones sedientos de caridad. Pero el orden universal es ese. Hay que someterse á él. Tengamos celo de corazón y las ilusiones necesarias; trabajemos en lo que consideramos útil y bueno, pero no con la esperanza de un triunfo súbito y maravilloso, no en medio de las visiones imaginativas de un apocalipsis social; todos los apocalipsis deslumbran y engañan. Resignémonos á preparar, por nuestra parte imperceptible, el porvenir mejor ó peor que nosotros no hemos de ver.

La Revelación de Alicante, ha reproducido en su número de Noviembre último nuestro artículo *Con los Invisibles*, publicado en esta Revista por E. Saim Paul.

Agradecemos á nuestro estimado colega el honor que nos hace.

Libros espiritistas.—Ha llegado, en estos últimos días, á la *Gran Papelería* de los señores Molina, Alameda 471 a 479, una remesa de lo más selecto de obras espiritistas en español, á precios exesivamente módicos.

En el referido almacén, encontrarán los interesados el catálogo de dichas obras, con sus respectivos valores, que, como acabamos de decirlo, son bajísimos.

El que quiera conocer la Gran Doctrina y su demostración científica, puede adquirir los mejores libros que se han publicado hasta ahora sobre la materia.

Pensamiento de Pascal.—¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho á matarme porque vive del otro lado del Océano y su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya mediado nunca nada?

Ana Rothe.—Los diarios alemanes anuncian el fallecimiento de esta señora, llamada también el *medium de las flores*, víctima de las persecuciones oficiales en la ciudad de Berlin.

El libro de los Mediums.—Mr. Sigurd Trier acaba de traducir al idioma dinamarqués esta interesante obra de Allán Kardec. Se agrega que esta publicación ha tenido el más brillante éxito en toda Dinamarca.





